



*¿Existe una literatura para niños que
refleje una identidad del niño
latinoamericano?*

Floria Jiménez

Me pregunto si existe un niño estrictamente latinoamericano. Me pregunto si existe una literatura infantil para un sector específico de niños. Me pregunto si existe un niño latinoamericano particularmente distinto a los demás niños del mundo. ¿Existe aún en nosotros el latido de aquel niño que fuimos física y psicológicamente hace ya varios años?

Porque yo creo que en la respuesta a esas interrogantes, en ese olvido endémico que padecemos nosotros los bien o mal llamados adultos, es donde radica también el origen de las carencias afectivas y psicológicas que padecen los niños del mundo, digo entonces del mundo entero y no sólo de Latinoamérica.

Ya lo dijo James Cavanaugh en su poema que evoca de manera tan poética ese olvido:

*Te echo de menos, niño, con tu pronta
sonrisa y tu ignorancia del dolor.
Entrabas en la vida y la devorabas
sin nada más que nebulosos
objetivos por compañía.
Tu corazón latía con fuerza
cuando cazabas ranas,
y capturaste una tan grande*

*que no te cabía en una mano sola.
Vagabas con tus amigos por los bosques
silenciosos donde de pronto
os asustaban un puerco espín furtivo.
Las cerillas eran un misterio que encendía
fuegos y devoraba hojas con un hambre feroz.
No había tiempo para significados:
un caramelo los aportaba en la punta de un palo.
Una navaja en el bolsillo te proporcionaba
tranquilidad cuando se habían ido los amigos.
Una flor en los bosques tapada
por un viejo tronco arrugado;
un perro que bailaba y te lamía los dedos
y te mordisqueaba los pantalones,
un partido de fútbol inesperado,
un vaso de agua, el canto de un grillo.
¿Cuándo perdiste la vista y el oído,
¿cuándo dejaron tus pupilas gustativas de temblar?
¿Cuándo se inició esta torpeza? ¿Este
miedo creciente, esta disputa con la
vida, exigiendo significado y contenido?
La enloquecida búsqueda es el premio
del ocio al dolor que te prohíbe ser niño.*

A pesar de esas características comunes que poseen los niños de todo el mundo, tanto afectivas como psicológicas, no podemos obviar las circunstancias socioeconómicas que han golpeado por largas décadas a un significativo número de nuestra población infantil latinoamericana. Y no sólo quiero referirme a la pobreza, a la falta de recursos elementales como son el alimento, la comida, el vestido y el techo. Existen, a niveles más significativo aún, otras carencias, si se quiere de mayor trascendencia. Y dirán ustedes, ¿qué puede haber más importante que el alimento, el vestido o el techo?

Nuestros niños, más allá de las condiciones socioeconómicas, están sufriendo de serias agresiones más castrantes que la guerra o la persecución política a sus familias, más graves que la huida hacia el exilio tras la seguridad física, más graves que el hambre y la pobreza material.

Diariamente aparece en los medios de comunicación masiva, estadísticas alarmantes que presentan, de manera somera, un cuadro más o menos realista del número y la calidad de las agresiones que sufren nuestros niños. Y no quiero entrar a profundizar en la agresión verbal, física y sexual de las cuales tanto se comenta a todo nivel. Quiero referirme a una agresión, más sutil pero igualmente más nociva que ha atentado por generaciones y generaciones a nuestros niños y por ende a nosotros, los adultos, me refiero a la pérdida de la libertad en los procesos educativos.

Y yo creía que, las reformas que se han hecho a nivel administrativo y docente como base de los nuevos programas de enseñanza eran suficientes para cambiar las estructuras mentales de los maestros, hacia una educación más libre del niño, en la cual se le respeta y considere como un ser con características propias.

Por nuestras aulas en el CIDE pasan futuros maestros de gran calidad humana, cuya visión de lo que debe ser el respeto por la creatividad del niño y el desarrollo de su imaginación, su sensibilidad, su expresión creadora integral, es su objetivo más importante; pero, a pesar de los nuevos programas de estudio difundidos por el MEP, las buenas intenciones y los esfuerzos de profesionales e instituciones formadoras de maestros, quedan aún, en la mente de algunos administradores de la enseñanza resabios de aquella fijación producto de una educación represiva y que, ilógicamente desean preservar como patrimonio a las futuras generaciones. Quedan aún maestros que prohíben hablar en clase obligando a sus alumnos a permanecer inmóviles por largos períodos escribiendo en sus cuadernos resúmenes prefabricados por ellos o ejercicios tediosos carentes de imaginación.

El niño es dinámico por naturaleza, es explorador innato y merece espacio y tiempo por parte del adulto. El niño merece ser escuchado porque tiene mucho que decir.

La educación, por lo tanto, debe permitirle explorar, investigar e interpretar el mundo a su manera desde

temprana edad. Los procesos educativos deben abrir la oportunidad para que el pequeño exprese libremente sus ideas y sentimientos. Y no sólo hago responsable de estos cambios necesarios a la escuela sino al hogar y a toda la sociedad que ha venido fomentando por generaciones actitudes y valoraciones que someten al niño a los deseos y necesidades comodaticias del adulto.

La educación debe volver a introducir el arte en el currículum como un recurso liberalizador, sin parangón alguno: la música, la expresión corporal, las artes plásticas y la literatura son medios altamente eficaces que le dan al niño la oportunidad de expresar libremente su interpretación del mundo. Y en esta relación dialéctica, adulto—niño, se llega a conocer de un modo más profundo las necesidades e intereses de los pequeños.

Desde este punto de vista, la literatura escrita, como arte que es para niños, retoma su mundo interior y lo transforma en imágenes vivas, en paisajes, en personajes y aventuras que le permiten al joven interlocutor identificarse con los mismos canalizando de una manera divertida sus ansiedades. Por eso es que la literatura escrita para los niños, debe ser recreación antes que moraleja explícita, juego antes que enseñanza cargada de conceptos áridos y aburridos. ¿Qué es la literatura infantil sino el intento del autor para jugar con los pequeños interlocutores, experiencia creadora, comunicación, experiencia revitalizadora?

Es por todos conocida la popularidad de que gozan algunas obras literarias que no han sido intencionalmente escritas para los niños y que, sin embargo, por generaciones han sido adoptadas por ellos como sus clásicos preferidos. Este fenómeno compartido por la verdadera obra de arte nos viene a confirmar que los intereses de los niños por los temas de la literatura son tan variados que no podríamos entrar a definirlos, enumerándolos antojadizamente.

Ha de escribirse para el niño ofreciéndole una visión positiva del mundo y las personas, una visión esperanzadora sin caer en la fantasía pura y donde, a pesar

del dolor que la sociedad le infringe externamente, él pueda vivir por medio de la aventura y los personajes, el triunfo a través de los esfuerzos por lograrlo. Ser héroe con los héroes y vencer al mal con sus propias armas de su imaginación. No podemos los autores negarle al niño este deseo de paz y esperanza porque estaríamos anulando su capacidad de transformar positivamente la sociedad en que le toque vivir y desarrollarse como futuro adulto.

Los autores debemos ayudarle al niño a crear en sus mentes ese espíritu forjador de logros donde el héroe siga cabalgando tras la búsqueda de la justicia como lo ha hecho por siglos venciendo al antihéroe, personificación de la parte oscura y negativa del ser humano. Esta intención, repito, es saludable y terapéutica ante todo y de ninguna manera, como afirman algunos, han de matarse las hadas y los hados de los cuentos y poesías para los niños. Claro está, el autor debe adaptarlos a los tiempos y vestirlos con la identidad externa de los tiempos modernos.

Todo niño, no importa su nacionalidad ni su circunstancia socioeconómica necesita el juego, el cuento y la poesía tanto como necesita el alimento para nutrir sus sueños y canalizar sus ansiedades y temores.

Simultáneo al cuento leído o narrado o a la poesía que canta al oído, está la oportunidad de que el niño la recree a su manera, por medio de la expresión creadora oral o escrita, acompañada a veces de la música o la expresión corporal.

Es finalmente la literatura, un valioso recurso estético que le permite al niño penetrar en su mundo, vivirlo y llegar a sentirlo como parte de sí mismo, convirtiendo la experiencia lectora en una necesidad vital que lo acompañará el resto de su vida.

De todo lo anterior podemos decir que antes que un niño latinoamericano, existe un niño universal que merece ser amado y escuchado, un niño por el cual la sociedad debe esmerarse por forjar un mundo más pací-

fico, sano y agradable porque el niño es el reflejo de sí mismo y de la trascendencia de la raza humana sobre el planeta.

«Los niños son el vivo reflejo de nosotros mismos, de lo que fuimos y lo que seguimos siendo en algún recodo de nuestra humanidad, aunque nos resistamos a olvidarlo y por ende a aceptarlo, por temor a que nos tilden de ridículos o locos. Si negamos a los niños, nos estaremos negando a sí mismos y entonces, estaremos cavando nuestra propia extinción, nuestro derecho a seguir existiendo sobre la faz de la tierra».

